

# Fin de los nacionalismos y nuevos ciudadanos

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD

*A la memoria de Edward W. Said,  
25 de septiembre de 2003*

## 1. SIMPLEMENTE CIUDADANOS

**H**ACE 150 AÑOS CARLOS MARX lanzaba la frase que se convertiría en la consigna de los movimientos sociales de entonces: “Proletarios del mundo, uníos”. A la hora actual esa frase podría cambiarse por la <de: “Ciudadanos del mundo uníos” porque, pese a que lejos de disminuir se han acrecentado las diferencias de clase, los intereses se orientan ahora más por conseguir los derechos de los ciudadanos. Esto podría explicarse porque se ha desdibujado el concepto de nación como el territorio propio de los ciudadanos porque la globalidad ha borrado fronteras y los ciudadanos abandonan sus lugares de origen y para cumplir la sentencia bíblica se desplazan por el mundo.

La categoría de ciudadano surgió desde la antigüedad con Grecia y Roma, pero su empleo actual nos remite a un evento más cercano: la Revolución francesa, la cual no es casual que también le da sentido a todo lo que circunda los conceptos de nación, nacionalismo, identidad nacional. Los ciudadanos del mundo moderno se congregaron en la lucha por crear lazos de libertad, de igualdad y de fraternidad, en su afán por encontrar el sentido de su identidad. Los procesos de inclusión, algunos surgidos de revoluciones, acabaron con el orden social que se articulaba precisamente en torno a la exclusión. Binomio que aún se mantiene en nuestros días porque los incluidos son apenas unos pocos mientras los excluidos

aumentan cada día si observamos su comportamiento en países como Asia, África y América Latina.

El concepto de ciudadanía se fue construyendo en la medida que la sociedad se modernizaba, por eso resulta paradójico que los ciudadanos con sus derechos y obligaciones se desarrollaron junto con los estados modernos, precisamente en los estados colonizadores, los occidentales que se consideraron parte del cristianismo, los que basaron su desarrollo en desconocer los derechos de quienes habitaban los países que sometieron. Es ésa una de las causas del déficit de la ciudadanía, acentuada en los países de lento o escaso desarrollo por circunstancias muy variadas en un amplio abanico que va de lo económico a lo cultural.

Pero ¿realmente, se puede hablar de ciudadanos del mundo, cuando se sabe que 170 millones de personas se han trasladado a un país diferente al de su ciudadanía en los últimos tres lustros, cuando existen 18 millones de refugiados y más de 20 millones de desplazados? Esto no significa que quienes habitan sus países tengan sus derechos resguardados, pero algo de enorme trascendencia sucede cuando nos enfrentamos a esos impresionantes agrupamientos estadísticos. Siete millones de los habitantes de Alemania proceden mayoritariamente de Turquía; un país de fuerte tradición católica como Francia tiene cinco millones de musulmanes cuyo origen es la inmigración principalmente de El Magreb; por lo que respecta a los palestinos, cinco millones viven dispersos, por lo general en campamentos, en los países árabes y aún en los territorios ocupados por Israel. Estados Unidos cuenta con 35 millones de latinos de los cuales 21 millones son de origen mexicano y 8.5 millones nacieron en México; se puede pensar que 13.5 millones son indocumentados.<sup>1</sup>

Las cifras, apabullantes de por sí, complementan su dramatismo cuando se particulariza sobre algunos casos de ese complejo universo conformado por esos millones de personas sin rostro, pero cuya abrumadora mayoría nos revela rostros de hombres curtidos por las inclemencias climáticas, mujeres víctimas de violaciones y niños

<sup>1</sup> *XII Censo General de Población y Vivienda*. 2000. México: INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática).

hambrientos. Son quienes han padecido o padecen la intolerancia en Vietnam, Camboya, Bosnia, Somalia, Cuba, Afganistán e Iraq.

## 2. LOS NUEVOS VÍNCULOS

En ocasiones la salida de sus países ha sido más conveniente que la permanencia, si pensamos en las condiciones lamentables en las que viven los ciudadanos de los países expulsores, aun cuando la nueva instalación en los países receptores requiere conocer los difíciles mecanismos de adaptación. Para la vietnamita Ho Ngoc Tran, forzada a vivir en Estados Unidos, “las personas no pueden cambiar tan rápidamente como sus entornos. Se transforman aparentemente, pero su esencia no cambia [...] Las mujeres vietnamitas no han tenido tiempo de evolucionar al ritmo de las nuevas ideas”.<sup>2</sup>

Para la salvadoreña María Teresa Tula: “Mi trabajo es mi hogar y puedo llevarlo allá donde vaya”, y así lo hizo huyendo de la salvajada de una junta militar, primero a México y luego a Estados Unidos, por el afán de supervivencia, dejando atrás a sus hijos mayores y pensando en el futuro con los más pequeños; trabajando en la organización de las Comadres ubicada entre el millón y medio de salvadoreños que viven fuera del país centroamericano.<sup>3</sup>

Hala Deeb Jabbour forma parte de los millones de personas que quedaron viviendo en el vacío cuando se creó el estado de Israel en 1948. El proyecto largamente anhelado de un hogar judío se materializó para salvar lo que no fue arrasado por la intolerancia del antisemitismo europeo. Sin embargo, allí donde se curó una herida, se abrió otra para desafío de la estabilidad de la región de Medio Oriente y del mundo. A los palestinos les pasó como a otros muchos de los forzados a emigrar que aprendieron afuera sobre la identidad que los une. Fue en Ammán donde Hala empezó a tener conciencia de lo que significaba ser palestina al recibir los cuatro centavos que daba al día la Agencia de Trabajo y Liberación de las Naciones Unidas a cada mujer, hombre o niño palestino.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Mahnaz Afkami. 1998. *Mujeres en el exilio*. Madrid: Siglo XXI, p. 15.

<sup>3</sup> *Ibíd*em, pp. 35-36.

<sup>4</sup> *Ibíd*em, p. 43.

Piénsese que si se trataba de esa cantidad, una familia de seis personas tenía que vivir con 25 centavos diarios.

El ideólogo más destacado de la emigración palestina, Edward Said, dice de Michel Marmoura, su profesor de matemáticas, cuando lo encontró muchos años después de iniciado el exilio en Madison, Wisconsin: “El drama de su pasado fracturado nunca lo ha abandonado”.<sup>5</sup> Pero al decir eso de su antiguo profesor estaba hablando por sí mismo, pensando en su suerte y en la de su familia cuando

fue evacuada en coche de Jerusalén en varias etapas, de manera que a principios de primavera de 1948 el único que quedaba ya era mi primo mayor, Yousif. Abandonó su casa de Talbiyah porque la Hagganah (el ejército de Menajen Begin) había conquistado el barrio entero y se trasladó a un pequeño piso de Upper Baqa'a, un distrito adyacente del Jerusalén Occidental. En marzo abandonó aquel último baluarte para no volver jamás.<sup>6</sup>

Con la nostalgia de ese mundo que se ha ido para siempre, Edward Said ejemplifica a quienes viven de manera dramática diferentes identidades porque salieron del territorio de su nacimiento, de un país que no existe más, al menos con todo lo que lo identificaba en el momento de su salida, aunque volvió a cambiar brutalmente con la ocupación de los territorios palestinos por el ejército israelí en 1967. A los palestinos les pasó como a los armenios y los kurdos, sometidos por diferentes países, viven sin territorio ni referencia nacional; si acaso su identidad es la de los valores de su pasado cultural.

En ese sentido, el escritor libanés Amin Maalouf propone “un examen de identidad” y se remonta a los lejanos orígenes:

Vengo de una familia originaria del sur de Arabia que se estableció hace siglos en la montaña libanesa y que se fue dispersando después, en sucesivas migraciones, por varios rincones del planeta, desde Egipto hasta Brasil, desde Cuba hasta Australia. Tiene el orgullo de haber sido siempre, a la vez, árabe y cristiana, probablemente desde el siglo II

<sup>5</sup> Edward Said. 2001. *Fuera de lugar, Memorias*. Barcelona: Grijalbo/Mondadori, p. 150.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 151.

o III, es decir, muchos antes de que apareciera el islam y antes incluso de que Occidente se convirtiera al cristianismo.<sup>7</sup>

Vivir la paradoja de ser cristiano y hablar la lengua consagrada por el Corán es ampliar sus vínculos identitarios porque tiene la virtud de estar ligado a dos mil millones de personas en el mundo, las mil que hablan árabe y las mil que profesan el cristianismo. Pero “La identidad no se nos da de una vez por todas, sino que se va construyendo y transformando a lo largo de toda nuestra existencia”.<sup>8</sup>

A Maalouf te tocó vivir el Líbano en guerra y su difícil situación fue lo que le hizo salir en 1976 de su país con el cual mantenía fuertes lazos afectivos; nadie expresa mejor ese momento de la toma de una decisión tan importante como abandonar la tierra de sus padres, su nación, que le vio nacer:

Por haber vivido en un país en guerra, en un barrio bombardeado desde el barrio contiguo, por haber pasado una o dos noches en un sótano transformado en refugio, con mi joven esposa embarazada y con mi hijo de corta edad —fuera el ruido de las explosiones, dentro mil rumores sobre la inminencia de un ataque y mil habladurías sobre familias pasadas a cuchillo—, sé perfectamente que el miedo puede llevar al crimen a cualquiera. Si en vez de rumores que nunca se confirmaron hubiera vivido en mi barrio una matanza de verdad ¿cuánto tiempo habría conservado la sangre fría? Si en vez de dos días hubiera tenido que pasar un mes en aquel refugio, ¿me habría negado a empuñar el arma que me habrían puesto en las manos?<sup>9</sup>

Con dramatismo Maalouf nos está explicando lo que provoca en un hombre el acorralamiento, la imposibilidad de supervivencia en su país natal que tarde que nunca deberá abandonar para albergarse en el exilio consciente en un país, en su caso Francia, que le dará todo lo que su país le ha negado, menos la nacionalidad, la condición de ciudadano porque, desde esa perspectiva, buscará alcanzar la condición de residente.

Hala, la palestina ya radicada en Estados Unidos, se refiere a la imposible asimilación, aun cuando se trata de un país forjado por

<sup>7</sup> Amin Maalouf. 1999. *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza Editorial.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 35.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 39.

inmigrantes que ofrece ciertas ventajas para la obtención de la nacionalidad, vive entre dos mundos buscando lo mejor de la cultura árabe y de la occidental, pero se asume como “diferente”: “Entiendo a los estadounidenses, tengo amigos entre ellos y ellos responden, pero aun así soy diferente y siempre lo seré”.<sup>10</sup>

Para la afgana Sima Wali, su vida se concentró en “encontrar un lugar en el mundo”, luego de abandonar su país para encontrarse perdida entre Nueva York y Washington, lidiando con las autoridades migratorias para luego buscar adaptarse con la dificultad de que cada vez que decía “Afganistán”, tenía que indicar su localización en el mapa: “Me sentía culpable por haber sobrevivido, mientras mi familia estaba en peligro constante”.<sup>11</sup> Entre la duda y la culpabilidad, el destino le niega su posible identidad.

En Marruecos no hay trabajo para los jóvenes, por eso Atika Bujari, de apenas 15 años, piensa que debe abandonar su pueblo Assara. Su hermano Hicham, de 22 años, lo dejó apenas el año pasado y murió en un naufragio junto con otros 17 pasajeros que buscaban llegar a la costa de España. De la provincia de Beni Mellal, de apenas 300 000 habitantes, sale la mayoría de emigrantes buscando llegar a Italia. “Emigrar no es sólo querer tener el mismo coche que, al cabo de tres años en Milán, ha conseguido el bobo que compartía pupitre conmigo en el colegio”, dice Jalil Jemmah, presidente de la ONG que trata de disuadir a los marroquíes de que pongan en peligro su vida cruzando el estrecho. “Emigrar es un estado de ánimo, es poder sentarse con su chica en la cafetería, es tomar una copa sin esconderse, es no estar sometido a la arbitrariedad del policía de la esquina”. La emigración se ha convertido en la última década en un fenómeno que afecta a casi la totalidad de la población y el gobierno marroquí no pone gran empeño para retener a los que emigran, 53% de los jóvenes marroquíes ha manifestado su deseo de irse.

La amplitud y el calado del fenómeno refleja una especie de sensación de huida, de ausencia de expectativas de futuro, un deseo de ruptura con una sociedad de origen excesivamente tradicional, unas ansias por descubrir y por aventurarse más allá de lo conocido que para muchos se traduce en una realidad negativa,

<sup>10</sup> Mahnaz Afkhami, *op. cit.*, p. 49.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 133.

afirma Manuel Lorenzo Villar, de la Universidad Autónoma de Madrid.<sup>12</sup>

En octubre de 2003, se contaban 250 menores bajo tutela, de los cuales el 92% eran marroquíes, en Canaria sumaban 270 menores de la misma nacionalidad, en Cataluña había 280 menores en servicios de urgencia, de los cuales el 75% era nativo de Marruecos y de los 240 menores acogidos en centros de acogida permanente, 50% era de ese país. Pero la tasa de devolución es muy baja porque, aunque donde mejor se encuentra un niño es con su familia, un trabajo técnico debe demostrar que es así. Por lo demás, muchos menores logran huir, y desde 1999, España apenas logró repatriar a 286 menores, la mayoría se pierde en los países de Europa buscando las formas de sobrevivencia.<sup>13</sup>

Por otra parte, aunque nos concierne directamente, como mexicanos se hace muy poco por los compatriotas que deben buscar el sustento familiar en Estados Unidos. Con una larga historia de intercambios, aun los inmigrantes de más duración viven la doble condición de ser por siempre mexicanos en Estados Unidos (*mexican-americans*) y agringados en México. Su condición social provoca que escasamente alcancen la ciudadanía y cuando mucho logran llegar a ser residentes, aunque generalmente se vive la condición de ilegales. No gozan de los derechos de los ciudadanos ni en Estados Unidos ni en México. No pueden votar en las elecciones mexicanas ni en las estadounidenses ni ampararse en los respectivos sistemas jurídicos, por más que el Estado nacional les asegure que sí, pero las relaciones bilaterales entre ambos países no garantizan la defensa de los ciudadanos mexicanos que han optado por vivir en Estados Unidos.

No hay que hacer demasiado esfuerzo para documentar la intolerancia cotidiana entre los migrantes mexicanos hacia Estados Unidos, porque aparece a diario en los medios periodísticos y electrónicos. De acuerdo con datos oficiales, entre enero y julio de 2003 han sido repatriados 26 506 mexicanos, y solamente se trata de menores. Y entre enero y septiembre de 2003 se registró la muerte de 343 migrantes mexicanos, 24 más que los muertos

<sup>12</sup> *El País*, 5 de octubre de 2003.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

del año anterior durante el mismo periodo. Es impresionante que, desde que Estados Unidos y México anunciaron una campaña para reducir las muertes en el desierto, se han dado 196 decesos.<sup>14</sup>

Érica, de apenas 17 años, se salvó junto con su hijo Erick de un año, de contarse entre esos muertos, porque vagando perdida por el desierto donde los abandonó un “pollero”, prefirió entregarse a la Patrulla Fronteriza en el desierto de Arizona. Falló en su primer intento, pero sin duda no será el único y será parte del promedio de un menor que es deportado de Estados Unidos a México cada hora. “En los siete primeros meses de este año, el DIF de Mexicali ha atendido a 3 mil 852 menores de 12 años (en 2000, fueron 8 768; en 2001, la cifra se redujo a 7 620, y en 2002, a 6 708)”. El albergue de la YMCA de Tijuana ha atendido desde 1990 a 30 000 menores de entre 11 y 17 años a lo largo de la frontera.<sup>15</sup> De enero a julio de 2003, hubo 136 215 repatriados por las cinco garitas de Baja California. Los hombres adultos sumaban 115 524 y 17 622 eran mujeres. Entre los menores expulsados había 2 006 hombres y 1 063 mujeres.<sup>16</sup>

Algunos jóvenes de origen mexicano que viven en Estados Unidos se enfrentan al trauma de darse cuenta que aunque se creían ciudadanos de este país, son hijos de indocumentados. Es una situación difícil porque nacieron o crecieron aquí y se consideran parte de esta nación porque conviven con sus amigos, son bilingües y se desplazan con gran facilidad del inglés al español, comparten los rituales, hasta que un hecho, algún incidente los ubica en su realidad. Es el caso de un alumno de high school cuando, por su destacado desempeño en el francés como clase optativa, ganó un viaje de una semana a Francia; sus padres tuvieron que revelarle entonces que no podía salir porque era indocumentado. Sucede también cuando desean continuar sus estudios y al hacer una solicitud en alguna universidad se dan cuenta que no pueden entrar porque continúan siendo mexicanos y no les queda otro medio para sobrevivir en su país de residencia que el trabajo ilegal.

<sup>14</sup> Alejandro Gutiérrez, “Niños deportados”, *Proceso*, núm. 1402, 14 de septiembre de 2003.

<sup>15</sup> *Ibíd.*

<sup>16</sup> Rosa Rojas, “Mujeres las más vulnerables”, *Triple Jornada*, 6 de octubre de 2003.

Cuando por algún delito, por menor que sea, caen estos jóvenes en manos de la justicia, no hay más que la deportación y son enviados a México donde vivirán con algún pariente lejano al que ni conocían, porque sus padres y hermanos siempre han vivido y continuarán en Estados Unidos. La propuesta de ley Acta de Ajuste a Estudiantes, que proponía otorgar la residencia permanente a jóvenes indocumentados menores de 21 años que hubieren concluido la high school y en proceso de ingresar a la universidad, se frenó después del 11/9.<sup>17</sup>

El ambiente contra los inmigrantes de todos los países se ha enrarecido pero, por evidentes razones, sigue teniendo gran peso lo relacionado con los procedentes de México por su larga instauración, por sus virtudes, que en términos económicos son varias, y por sus vicios, que los receptores agrandan hasta considerarlos altamente peligrosos: “En la medida que tengamos fronteras poco seguras, nosotros mismos estamos invitando a gente peligrosa para que entre”.<sup>18</sup> Desde luego, la inmigración masiva causa reacciones sociales ante los efectos que puede desencadenar, pero estamos ante el hecho más controvertido de habitantes que trabajan en un país diferente al de su nacimiento y lejos están de adquirir las ventajas de quienes tienen la ciudadanía por derecho propio.

Mientras que en 2002 hubo 110 537 extranjeros indocumentados devueltos a sus países de origen, según el Instituto Nacional de Migración, sólo de enero a agosto de 2003 ya se superaba esa cifra con 119 858, de los cuales 56 252 (47%) eran guatemaltecos, 40 381 (34%) hondureños, 19 447 (16%) procedían de El Salvador, 578 (0.5%) venían desde Brasil, y de Ecuador 543 migrantes (0.5%).<sup>19</sup> Más de 70 000 fueron detenidos en Chiapas, de los cuales 4 000 eran menores de edad. Se dice que 520 extranjeros indocumentados procedían de las llamadas “naciones restringidas” por la secretaría de Gobernación, como Iraq, Cuba y China. Cerca de

<sup>17</sup> César Fernando Zapata, “Los hijos indocumentados: ni son ‘de aquí’ ni se sienten ‘de allá’”, *Crónica*, 4 de octubre de 2003.

<sup>18</sup> Glen A. Tobias y Abraham H. Foxman, “Border Disputes: Armed Vigilantes in Arizona”, Anti-Defamation League (ADL) mayo de 2003 <<http://www.adl.org/extremism/arizona/arizonaborder.pdf>>.

<sup>19</sup> Rosa Rojas, *op. cit.*

300 000 guatemaltecos cruzan el país cada año rumbo a Estados Unidos, se intercepta 12.6% que es regresado a su país.<sup>20</sup>

Se calcula que 90% de las trabajadoras domésticas de Tapachula, Chiapas, en México, proceden del vecino país de Guatemala, algunas de ellas ganando apenas 30 dólares al mes. En la misma ciudad, gran cantidad de sexoservidoras centroamericanas buscan en esa actividad el ahorro que les permita continuar su proceso migratorio hacia Estados Unidos, sin que el gobierno mexicano ofrezca lo que los países de origen les niegan a los ciudadanos, eslabón de una cadena que se alarga a lo largo del mundo entre los países con menores índices de desarrollo que siempre son supeditados a los intereses de los más fuertes.

### **3. EN EL FIN DEL NACIONALISMO, ¿QUIÉNES SON LOS NUEVOS CIUDADANOS?**

El proceso de globalización se ha caracterizado por un enorme desplazamiento masivo de individuos de las antiguas colonias a los países de los antiguos colonizadores. Lo cual no anula que aun en la época de los nacionalismos, cuando los estados aspiraron a mantener una cultura nacional homogénea, se dieran los intercambios continentales que llevaron aspectos culturales diversos. Pero ahora, ante la avalancha de cambios culturales, los mismos ciudadanos de Europa se encuentran desorientados respecto a su identidad nacional, en medio de un alud sobre la discusión de las identidades y de las nacionalidades, debido a los cambios de la composición étnica de sus estados y a la congregación política suscitada por la Unión Europea.

En la Unión Europea, que reúne a los países donde se desarrolló la idea de ciudadano en el sentido moderno, ésta se ha diluido como primera identidad para hacer proliferar una serie de ciudadanías. Se es ante todo europeo, se es francés y alemán, pero también serbio o polaco. Incluso está la discusión sobre el ingreso de Turquía a la Unión Europea, lo cual daría a los turcos la condición de europeos que se les ha negado por los arreglos de las potencias y prin-

<sup>20</sup> *La Jornada*, 15 de febrero de 2002.

principalmente por motivos religiosos, pero no debe olvidarse que su territorio fue escenario de la cultura helénica que le daba continuidad a un Occidente más extendido de lo que lo conocemos y que incluyó todas las conquistas de Alejandro, pero también en Constantinopla (hoy Estambul) estuvo la sede del cristianismo en la época de Bizancio, antes de convertirse en territorio islámico.<sup>21</sup>

Por eso es importante cuestionarse: ¿posee esa Europa de los nuevos ciudadanos un nuevo concepto de ciudadanía? Quizá la cuestión esté relacionada principalmente con la avalancha de musulmanes de diferente origen étnico, árabes o asiáticos. Puesto que en el islam por lo general no existe separación entre la religión y el Estado, hay musulmanes que rechazan la sociedad laica y reclaman autonomía para administrar sus asuntos dentro de su comunidad, conforme a los principios islámicos. Pero entre los musulmanes existen diferencias significativas, contrariamente a la idea que los concibe de manera monolítica desde Occidente. En Europa los musulmanes laicos rechazan la asimilación, pero se muestran partidarios de la integración política. Hay entonces posturas asimilacionistas y posiciones multiculturales. Quienes están por las primeras consideran que los musulmanes se están convirtiendo en unos ciudadanos más, sobre todo después de la segunda generación. Los otros argumentan sobre la riqueza de la diversidad cultural y la multiplicidad de herencias étnicas.

Amin Maalouf vuelve a interrogar con astucia:

¿por qué el Occidente cristiano, que tiene una larga tradición de intolerancia, que siempre ha tenido dificultad en coexistir con “el Otro”, ha sabido engendrar sociedades que respetan la libertad de expresión, mientras que el mundo musulmán, que durante tanto tiempo ha practicado la coexistencia, se nos presenta hoy como un baluarte del fanatismo?<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Por paradójico que parezca, en abril del 2004 se aceptó el ingreso a la Unión Europea de varios países del Este de Europa, pero también la parte griega de la pequeña isla de Chipre, dejando fuera la que se mantiene bajo denominación de Turquía.

<sup>22</sup> Amin Maalouf, *op. cit.*, p. 74.

La respuesta podría llevarnos a otra temática vinculada a las particularidades del desarrollo en los países, lo que importa destacar aquí es que

La matriz cristiana de Europa está siendo cuestionada en la práctica por la arreligiosidad de la mayoría de la población indígena europea (con alguna excepción, como Polonia) y por el rápido crecimiento de las minorías musulmanas, mucho más practicantes de sus creencias, en casi todos los países europeos, particularmente en Alemania, en Francia y en Inglaterra.<sup>23</sup>

El nacionalismo fue necesario en la construcción del Estado y éste se fortaleció con el apoyo de los ciudadanos en la defensa de las agresiones externas. Desde esa perspectiva, los países construyen su identidad cuando buscan definir su perfil por oposición a lo extranjero. Y esto vale para Europa, en cuya definición fue fundamental la reacción de los cristianos frente a las conquistas islámicas, aquellas que en los libros de historia eurocentristas se consideraron las invasiones bárbaras. Henri Pirenne caracterizó ese proceso en el enfrentamiento entre Mahoma y Carlomagno, lo cual quiere decir que Europa se autoconstruyó en la defensa del islam impulsado por quienes fueron considerados los bárbaros.

Ahora, el punto es tan definitivo que se habla ya del euro-islam, que no es solamente una cuestión de multiculturalidad en el seno de Europa.

Es también una dimensión del conflicto que opone a los gobiernos de los países occidentales a los pueblos musulmanes. La persistencia de la ocupación ilegal de los territorios palestinos por Israel, el apoyo de Occidente a gobiernos dictatoriales mientras les sirven, la geopolítica del petróleo, las reacciones de las redes terroristas contra la destrucción de la identidad islámica, la guerra de Irak y el cúmulo de conflictos que se envenena en todo el mundo islámico muestran que no se trata de un choque de civilizaciones, sino de la utilización de símbolos culturales y religiosos al servicio del mantenimiento de un orden geopolítico mundial favorable a los intereses económicos y políticos de los países occidentales.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Nezar AlSayyad y Manuel Castells, comps. 2003. *¿Europa musulmana o euro-islam?* Madrid: Alianza Editorial, p. 11.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 13.

Un ejemplo que parecía muy elemental, pero que trascendió por su profundo significado sobre esta nueva condición de Europa, comenzó en 1988 cuando dos niñas paquistaníes decidieron asistir a su escuela, cerca de Manchester, con la cabeza cubierta por el *chador* (pañoleta) a la usanza de la tradición islámica. Las autoridades escolares se negaron a permitirles el acceso a la escuela alegando que el uso de la prenda era peligroso en los laboratorios y en las prácticas de educación física. Nadie hubiera podido imaginar que el asunto derivara en un escándalo que trascendió a los medios de información y el asunto tuvo que resolverse de manera satisfactoria para las niñas musulmanas.

Por el mismo año, en Creil, en un barrio de la región parisina, tres adolescentes decidieron asistir a su escuela con la cabeza cubierta, lo cual generó una polémica que se convirtió en una enorme controversia a propósito de los derechos civiles y la separación de la iglesia y del Estado. Esta vez las protagonistas eran hijas de un inmigrante marroquí y la controversia lejos de resolverse se acrecentó cuando en septiembre de 1994 llegaron al colegio Romain-Rolland, en el norte de París, nada menos que 1 200 estudiantes tocadas con la pañoleta para convocar a una jornada de huelga. La razón fue que el director había impedido la entrada a cuatro estudiantes musulmanas que llevaban dicha prenda. En Lille, llegaron a su escuela 22 muchachas musulmanas tocadas con pañoleta el 3 de octubre de 1994.

Pero el asunto no resultó exclusivo de países de tradición católica, porque el 2 de mayo de 1999 el parlamento turco se indignó al grito de “¡fuera, fuera!” cuando Merve Kavakci, la diputada recién elegida, hizo su entrada con una pañoleta sobre la cabeza. El asunto allí es que hacía 75 años que Mustafa Kemal Atatürk abolió el sultanato, sustituyó la escritura árabe por la latina y desterró la práctica de las mujeres de llevar la cabeza cubierta.<sup>25</sup>

En Francia la controversia continúa. Jack Lang, siendo ministro de la educación nacional, expresó en 1995: “Tengo plena confianza en la escuela de mi país y no dudo que las jóvenes terminarán por

<sup>25</sup> Nezar AlSayyad, “Europa musulmana o euro-islam: a propósito de los discursos de la identidad y la cultura”. En Castells y AlSayyad, *op. cit.*, pp. 35-36.

someterse a sus reglas”.<sup>26</sup> Debido a la tradición laica del país, la Asamblea Nacional ha anunciado cuando menos cuatro propuestas de ley para prohibir el uso ostensible de signos religiosos en las escuelas públicas, que no se han aprobado. En una reunión apenas en el mes de mayo pasado entre el presidente de la República francesa, Jacques Chirac —en la cual se manifestó contra el comunitarismo— y Dalil Boubaker, el presidente del Consejo francés del culto musulmán, éste dio su negativa a cualquier ley en ese sentido al declarar: “Es necesario ser muy prudente antes de mover las cosas, no vale la pena encender, con un pedazo de texto aislado, las tensiones que se han aminorado”.<sup>27</sup> Es obvio que no se quieren aumentar las tensiones que se han agudizado después del 11 de septiembre de 2001, pero Francia continúa a la defensa de una tradición cultural que le permite poner un dique ya no sólo a la asimilación, sino a la posible contaminación de quienes aprenden a ser ciudadanos. Se podría decir que en esta controversia hubo acuerdo, pero no una solución definitiva como en Inglaterra, más acostumbrada a los turbantes de los sijjs, a las túnicas de los africanos y a los usos que hacen jurisprudencia.

Expuse este asunto no por engrosar los expedientes de la intolerancia o de las luchas de las mujeres, sino por la dificultad de preservar los derechos ciudadanos de personas provenientes de una tradición cultural diferente a la del país que alberga, cuando se ponen en riesgo los rasgos que aún dan identidad a las sociedades. Del concepto de nación, asociado con el desarrollo de la Revolución francesa y el surgimiento de los estados nacionales, surgió el nacionalismo para designar los rasgos político-culturales de una colectividad regida por leyes. Ni entonces y menos ahora tiene un sentido unívoco, pero tampoco los nuevos ciudadanos del mundo responden a los mismos estímulos. Ni siquiera se coincide en que el nacionalismo sea completamente laico y democrático, como sugieren algunos autores; aunque fue en su realización cuando se sustituyó la lealtad hacia la comunidad religiosa o al monarca por la lealtad hacia la nación.

<sup>26</sup> *Le Monde*, 10 de mayo de 2003.

<sup>27</sup> *Ibidem*.

El nacionalismo no es inamovible, se va ajustando a las circunstancias; algunos autores lo consideran completamente desfigurado o incluso terminado. Lo cierto es que su capacidad de cohesión ciudadana en el siglo XIX se distorsionó con las dos guerras mundiales y los conflictos nacionales que se internacionalizaron. Pero, además, los grandes desplazamientos humanos del siglo XX movieron las fronteras y colocaron a millones de personas al comienzo del siglo XXI viviendo en países diferentes a los de su ciudadanía, sin considerar los millones de inmigrantes cuya descendencia enraizó en otras tierras.

Así, las afiliaciones culturales no siempre coinciden con las adhesiones nacionales, porque en el mundo de la globalidad, lo local minoritario se hace presente a través de pueblos y aun de tribus que hablan diferentes lenguas o asumen distintas religiosidades. Nezar AlSayyad piensa que “Hoy todos los individuos pertenecen a muchas culturas y poseen múltiples identidades en constante evolución”. Ahora la vida de los individuos y de las comunidades locales es influida por fuerzas culturales y económicas que operan a escala mundial.

Incluso ahora, cuando se piensa en los cinco millones de islámicos que viven en Francia, los siete millones de turcos en Alemania, los veinte millones de mexicanos en Estados Unidos, el concepto de ciudadanía es desplazado por el de residencia. Gratifica más ser residentes del país que los acoge que ciudadanos del país que los expulsa. La pérdida de identidad se relaciona con estados que no pueden exigir fidelidad absoluta porque han perdido la capacidad para proporcionar los derechos que una nación debe ofrecer a sus ciudadanos: empleo, educación, salud, vivienda, etcétera. La búsqueda de esos y nuevos satisfactores ha conducido a los países a albergar una cultura plural o expresiones del pluriculturalismo, aunque la intolerancia bloquea la vía de la integración.

Aun cuando el ciudadano siempre procede de alguna parte, su ubicación no es necesariamente la de un país conformado, y como ejemplos baste citar los más conocidos, ni los armenios ni los kurdos ni los palestinos ni los gitanos tienen un país, pero mantienen rasgos culturales comunes que todavía les permiten identificarse como parte de una nación. En un sentido opuesto tenemos a quienes pueden ostentar más de un pasaporte y ser ciudadanos cuando menos de dos países diferentes. Los estados como comunidad jurídica se han convertido en referencias instrumentales que benefician a

quienes incluyen, más que los territorios del romanticismo que vinculaba a los ciudadanos con la tierra de su origen.

Los excluidos son más aquellos a quienes la mundialización les ha ayudado a sobrellevar sus precarias condiciones de existencia, a través de los organismos que pululan alrededor de la ONU para defender sus derechos, como Greenpeace, Amnistía Internacional, Médicos sin fronteras, etcétera; los mismos que se oponen a la globalización económica que consideran ha contribuido en las pérdidas que los han desplazado, convirtiéndolos en ciudadanos del mundo en otros países diferentes a los de procedencia buscando escapar a la precariedad.

El reto es que los nuevos ciudadanos del mundo, entre los que se cuentan los que tienen de sobra y los que nada tienen, deberán mantener “a) el respeto y la defensa de los derechos humanos internacionales ya reconocidos, b) la ampliación de los viejos derechos y c) la construcción de nuevos derechos”.<sup>28</sup> Para lo que también será necesario localizar las formas de participación que a escala mundial contribuyan a consolidar los derechos de esos ciudadanos del mundo. En las condiciones actuales hay que realizar los mayores esfuerzos para acabar con el terrorismo, pero también hay que ponerse contra un gobierno que se ostenta como el guardián del mundo que, invocando precisamente el terrorismo, nulifica los derechos internacionales que se habían alcanzado. Para muestra están allí los afganos presos en condiciones deplorables en la base de Guantánamo en Cuba, pese a las protestas de los organismos internacionales de defensa de los derechos humanos que insisten en que el mundo no tiene alguna certeza sobre la responsabilidad que se les imputa.

Nunca el Occidente cristiano juzgó con la misma vara lo correspondiente a los derechos de los ciudadanos en Asia o en África; incluso en años recientes no reaccionó ante las violaciones masivas de mujeres serbias, por ser musulmanas, y se trataba de Europa del Este. Somos los beneficiados por una ciudadanía que sabemos defender y los privilegiados que pueden alcanzar ciudadanía alternativa quienes debemos estar más alerta ante los problemas de

<sup>28</sup> Juan Manuel Ramírez Saíz. 2003. “Derechos de los ciudadanos en las decisiones globales”. *Metapolítica* 29(7) (marzo/abril).

quienes se encuentran entre los excluidos. Nos corresponde construir un mundo que acepte cada cultura, que reconozca la diversidad, que coincida el gran proyecto común de la paz con desarrollo para todos los países. Se trata de crear un mundo fundado en el respeto a las identidades, a las religiones, a las culturas, a los derechos fundamentales de los hombres y de las mujeres en los cuatro puntos cardinales. Un mundo donde no estemos obligados a hablar de alteridad porque habremos aceptado que somos iguales.<sup>29</sup>

Pero al mundo ha cambiado y está cambiando, y hay que ser enfáticos para coincidir con lo que dice Amin Maalouf: “El futuro no está escrito en ningún sitio; será lo que nosotros hagamos de él”.<sup>30</sup>

Instituto de Investigaciones Sociales, México, D.F.

<sup>29</sup> Para una reflexión semejante con la que coincido puede verse Dominique de Villepin, “El nuevo espíritu de la frontera”, *Los Universitarios*, UNAM, 38, noviembre de 2003. También puede confrontarse con la posición de David Jacobson. 1997. *Rights Across Borders*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

<sup>30</sup> Amin Maalouf, *op. cit.*, p. 119.